



EL FLORERO DE PORCELANA

El profesor de filosofía estaba muy contento con el rendimiento de sus alumnos pero no se decidía a quién otorgarle la máxima puntuación. Para decidirlo reunió un día a todos los discípulos.

-Voy a presentaros un problema - dijo el profesor-, y aquel que lo resuelva primero, tendrá la máxima calificación del curso.

Colocó un banquillo en el centro de la sala con un florero de porcelana encima y una rosa roja que lo decoraba.

-Este es el problema -dijo-; resuélvanlo.

Los discípulos contemplaron perplejos el «problema», pero lo que veían eran los diseños sofisticados y raros de la porcelana, la frescura y la elegancia de la flor.

Pasó el tiempo sin que nadie atinase a hacer nada, salvo contemplar el «problema», hasta que uno de los discípulos se levantó, caminó resueltamente hasta el florero y lo tiró

al suelo, destruyéndolo.

-¡Al fin alguien que lo hizo! -exclamó el maestro-. ¡Empezaba a dudar de la formación que les he dado en todo este año!

Luego explicó:

-Yo fui bien claro: dije que ustedes estaban delante de un «problema». No importa cuán bello y fascinante sea un problema, tiene que ser resuelto. Un problema es un problema; puede ser un florero de porcelana muy caro, un bonito amor que ya no tiene sentido, un camino que precisa ser abandonado, por más que insistimos en recorrerlo porque nos trae confort... «Sólo existe una manera de lidiar con un problema»: atacándolo de frente. En esas horas, no se puede ser tentado por el lado fascinante que cualquier conflicto acarrea consigo. Recordad que un problema, es un problema. No tiene caso tratar de «acomodarlo» y darle vueltas, si al fin y al cabo ya no es otra cosa más que « UN PROBLEMA ».

Déjalo, hazlo a un lado y continúa disfrutando de lo hermoso y lo que vale la pena en la vida.

J.A.O

SI UN PROBLEMA TIENE SOLUCIÓN NO ES UN PROBLEMA, Y SI NO LA TIENE, TAMPOCO.

EL MONJE Y LA ROSA

Fui a visitar a Mariano: el químico de antes y ahora monje trapense, había arrumbado el lenguaje de los «por qué», había dejado de echarle en cara a Dios la muerte de Luisa y empezado a considerar aquel día exactamente como el día de su nuevo nacimiento y a ella como su intercesora.

Le gustaba sembrar los campos con las primeras lluvias, verlos crecer, podar los árboles, limpiar los maizales, conducir el tractor y detener los trabajos cuando la campana llamaba a coro... y descubría a un Dios-Amor alentando en las pausas de sus días y sus noches.

-Lo que me preocupa es el desamor, me dijo. Esa es la asfixia que impide a los humanos ser felices. Sin amor, despídete de entender a Dios porque Él es eso precisamente. Te digo, Tomás, que se evitarían muchos problemas si todo el mundo tuviera alguien capaz de decirle: «Te querré sin condiciones, pase lo que pase, aunque seas un idiota y metas la pata, porque eso es humano.»

Me impresionaba la transformación de Mariano.

En un rincón del claustro había una imagen románica de la Virgen. Mariano, el monje, se arrodilló ante ella y se mantuvo unos segundos con la frente en el suelo.

Luego siguió diciéndome:

-Todos necesitamos alguien a quien poder recurrir, alguien que nos abra la puerta y nos diga: “Entra, lo que has hecho es una tontería pero no vamos a hablar de eso porque yo te quiero como eres.”

En el jardín del claustro había nacido una rosa. Se acercó, se quedó contemplándola, la acarició y luego me invitó a sentarme, al lado mismo, a escuchar con él la algarabía de los pájaros en los cipreses y las pasadas chirriantes de los vencejos en la esquina de la torre.

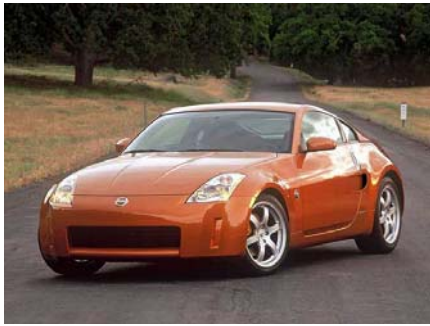
-Mira, Tomás, el amor es siempre gratis. Y se volvió a la rosa. ¿Te das cuenta? Es hermosa y está perfumando el aire «porque sí». Es su razón de existir y su único argumento -como si le estuviera hablando-, el único que convence. Lo había experimentado él mismo en el trato amistoso con Dios en la oración.

-La única manera de agradecerlo es brindarle a quien nos quiere la alegría de sentirnos queridos.

De vuelta a la ciudad paré el coche en la noche serena y estrellada en pleno campo a escuchar los grillos. Era la hora en que los trapenses estarían rezando:

«Gracias, porque al fin del día
podemos agradecerte
los méritos de tu muerte
y el pan de la Eucaristía...».

A.Q.



EL NUEVO ÍDOLO

Confieso que los anuncios televisivos, a pesar de su ocasional ingenio, son un sutil modo de inyectarnos en el alma todos los valores secundarios, que inclinan al hombre a supervalorar el lujo, el poder, el confort, el sexo estéril, como el paraíso de lo humano.

Mi asombro llega al máximo en los anuncios de automóviles. ¿Han percibido ustedes el tono, no diré religioso, sino idolátrico, en el que todos se envuelven? El coche se presenta siempre como una divinidad. Surge en la noche con sus faros envueltos en un halo sobrenatural, entre nieblas e incienso. La voz que nos habla de sus excelencias lo hace con ese aire misterioso y sobrenatural que las películas religiosas

ponían para contar un milagro. Cuando, en un concurso, aparece el coche como premio, las azafatas se acercan a él, lo acarician, lo veneran, lo adoran, y no se arrodillan ante él por un último resto de pudor, mientras el público irrumpe con un ¡Oooooh! de asombro.

Es un ídolo. Se presenta como tal. Naturalmente, yo no tengo nada contra el automóvil. Me parece un magnífico instrumento que ha dado al hombre moderno una libertad de movimientos que no tenía; reconozco que ha pulverizado las distancias, acortado el mundo y acercado a los hombres. Pero lo que me maravilla es toda esa simbología de la que lo hemos rodeado. Para un alto porcentaje de usuarios, el coche, más que un instrumento de trabajo, es un arma, una propaganda de sí mismos, un signo de poder, cuando no un arte de conquista, y luego, un burdel.

Personas hay que dicen que han perdido la fe y que piensan que, con ello, son más racionales, y luego resulta que tienen una fe irracional en el último modelo de automóvil. Personas que se creen muy libres y son esclavas de sus automóviles. Todos los ídolos son horribles. Los ídolos modernos son el automóvil y el televisor. Y lo grave es que ningún ídolatra es consciente de que es esclavo de su ídolo.

LAS PISTAS DE FUNABASHI

Las pistas de esquí artificiales en Funabashi, Japón, ofrecen condiciones perfectas para esquiar. Bueno, casi perfectas.

El cielo artificial no es demasiado brillante ni demasiado nublado. La temperatura es agradable. Y sobre la nieve artificial, esquiar es siempre suave.

Pero tiene sus desventajas. Quienes disfrutan del cielo amplio o del paisaje escarpado de las montañas, moldeadas por la naturaleza, pues no lo encontrarán en estas pendientes artificiales.

Pretender una perfección del mundo o de nosotros mismos, que no es real, nos impide disfrutar de la verdadera belleza y de las oportunidades que la vida ofrece a pesar de sus tramos difíciles.

¿AMIGO DE TUS HIJOS?

Un valor en alza en nuestra sociedad actual -modas de opinión- es la igualdad. Somos iguales en dignidad, en libertades, en tener ciertos derechos. Es cierto que si analizáramos las cuestiones enumeradas, encontraríamos deficiencias en esa igualdad tan pregonada.

En todo caso: igualdad, valor necesario, conquista maravillosa. A pesar de los pesares.

Somos iguales pero, afortunadamente, somos distintos. ¡Qué aburrido debe ser un mundo clónico! Y esta afirmación, tan sencilla y obvia, en ocasiones se olvida. Y cuando ese olvido se presenta en ciertas relaciones personales, las consecuencias pueden ser calamitosas o, al menos, ridículas.

-Tengo la misma dignidad que mi jefe.

Por supuesto. Faltaría más. Pero no eres el colega de tu jefe. No eres igual que él. Y este no ser igual no debe confundirse con ser superior o inferior.

-Tengo los mismos derechos democráticos que mi profesor.

Evidentemente. Pero no eres un compañero de tu profesor. No eres igual que él. Ni más ni menos. Somos iguales pero somos distintos.

La diferencia es un valor compatible con la igualdad. Ser distintos no es una carencia. No ser iguales -en muchos aspectos- es el rasgo diferenciador que posibilita que la vida sea atrayente y rica en matices. Qué aburrido debe ser vivir vidas clónicas.

¿Y es que no puedo ser amigo de mi jefe? Claro que sí. Pero si olvidas que en el trabajo es tu jefe -igual pero distinto-poco durará esa amistad.

Giremos hacia el mundo de la educación. Recogíamos las palabras de un alumno de Bachillerato:

-A mis amigos los elijo yo. Son mis iguales. Los padres son padres y punto.

La igualdad, equivocada igualdad, se introduce con fuerza en las relaciones entre padres e hijos. Recuerda. Modas de opinión: igualdad y más igualdad. Resumiendo en la conclusión:

-Yo, como padre, tengo que ser amigo de mi hijo.

Nuestro alumno de Bachillerato no es un experto antropólogo ni ha realizado un Máster en Educación Familiar. Pero su sentido común centra la cuestión.

Los amigos se eligen. Surgen de las relaciones humanas entre iguales. Padres e hijos no son iguales. Y esa falta de igualdad es la grandeza que posibilita una adecuada relación familiar.

Como dice la copla: "Todito te lo consiento menos faltarle a mi madre. Que una madre no se, encuentra y a ti te encontré en la calle".



**NADA ESTÁ DEFINITIVAMENTE PERDIDO,
MIENTRAS HAYA ILUSIÓN Y ESFUERZO PARA ENCONTRARLO.**